

*Luz María se pone de pie. Va hasta la máquina de coser y deposita sobre un trozo de tela los restos de la taza, después se encamina rumbo al biombo. Antes de ocultarse tras él, se desprende de la toalla y los cabellos caen sobre sus hombros. La luz desaparece.*

*Entra letra y música de Adelaida, en voz de Los Alegres de Terán. La escena se desarrollará en la acera junto al marco de la puerta de la casa de Antonia. La iluminación provendrá del color de la noche. Se verá a Antonia, sentada en una silla, con un aparato de radio a sus pies. La canción correrá el tiempo suficiente como para proporcionar la atmósfera evocativa deseada. Llegando del interior de la noche, aparecerá Erasmo, ligeramente achispado.*

ERASMO.- *(Se detiene delante de Antonia. Alza la voz para que ésta lo oiga.)* Madre ¿no me digas que me estabas esperando?

*Antonia va bajando el volumen de la radio hasta que la canción cesa.*

ANTONIA.- Ya estás bastante crecido como para perderte el camino. *(Ríe.)* De esas veces que me da por sacar la silla a la banqueta. *(Lo invita.)* Si quieres, entra por una silla.

ERASMO.- No, madre, gracias. *(Se sienta en el piso, delante de Antonia, luego se recarga en el marco. Durante el resto de la escena se advertirá sólo su perfil.)*

ANTONIA.- Ahora sí, para que acaben de decir las lenguas que andas agarrado a mis faldas.

ERASMO.- ¿Desde cuándo te fijas en los chismes que corren por este pueblo?

ANTONIA.- *(Suspira.)* Será desde que empecé a sentirme sola.

ERASMO.- ¡Ni se te ocurra volver a decir eso! Y yo ¿estoy pintado o qué?

ANTONIA.- Tus pies de muchacho ya agarran para otros lados. Y haces bien.

ERASMO.- ¡Yo nunca me he desentendido de ti, madre!

ANTONIA.- Mira, hijo: la vida es para andarla sola. Que nunca se te olvide.

ERASMO.- Si yo hubiera querido, desde cuándo que habría agarrado mi camino.

ANTONIA.- *(Con ironía.)* ¿El mismo que agarró tu padre?

ERASMO.- *(Molesto.)* Hay de sangres a sangres, aunque yo lleve la de él... mis ojos no miran para el Norte.

ANTONIA.- Y a veces ni para el Sur, Erasmo. La verdad la verdad: no quiero como tu destino las calles de este pueblo. *(Pausa.)* Tampoco que acabes brincando de noche las cercas de los solares de las mujeres de los pasaporteados.

ERASMO.- Todavía no tengo necesidad de eso. Ya te he dicho muchas veces que nos fuéramos a Monterrey; yo quiero seguir estudiando... Allá le pueden cambiar su plaza de mecanógrafa en una secundaria.

ANTONIA.- No me gusta caminar calles que no son mías. Y allá es lo que sobra: calles que te llevan hasta gente desconocida que ni un saludo te regala.

ERASMO.- ¡O de perdido a Roma, Texas!

ANTONIA.- ¿A ese pueblo bicicletero donde se habla inglés nomás en las escuelas? Sácatelo de la cabeza.

ERASMO.- Tú no eras así antes, madre. Desde que papá no ha vuelto, no hay sol que te caliente.

ANTONIA.- (*Se levanta repentinamente.*) Nomás porque ya estás grande y andas chispo, no te suelto un revés.

ERASMO.- (*Sin moverse.*) Madre, ya agarró mucha luna. Váyase a dormir.

ANTONIA.- (*Hace ademán de abofetearlo.*) ¡Usa esa lengua para chingar a otros!

ERASMO.- (*Impasible.*) No se me enoje, doña Antonia. Estar solo no mata a nadie.

ANTONIA.- Respóndele a la que te lo dijo que ese cuento ya es muy viejo.

*Antonia se inclina a recoger el radio, luego entra en la casa. Se vuelve a Erasmo que sigue impassible.*

ANTONIA.- ¡La misma pachorra de tu padre para picarme el hígado!

ERASMO.- (*Sin alterarse.*) Madre, yo nunca te voy a dejar.

ANTONIA.- ¿Y nunca te has puesto a pensar que yo podría hacerlo?

*Antonia queda inmóvil en el umbral. La luz de la noche desaparece.*

*En la penumbra del escenario se esparce la canción: "No te vayas le dije a Adelaida/ no te vayas, no me hagas sufrir/ No hay remedio mis padres me mandan/ es preciso tener que partir...".*

*Iluminación ámbar va aclarando la escena. Se ve a Luz María, quien está sentada en una silla, acomodándose la cabellera. En ese momento Raymundo entra en escena. Lleva una nueva taza y la entrega a Luz María.*

RAYMUNDO.- Aquí tiene: para que acabe de calentarse, Luza.

LUZ MARÍA.- Te voy a acabar la vajilla, Rayo. Gracias otra vez. (*Toma la taza.*) ¿Cómo está tu mamá?

RAYMUNDO.- Le di su pastilla y se quedó dormidita. Casi no me da lata, pero cada mayo se pone que no la aguanto.

LUZ MARÍA.- Tenle paciencia, Rayo. Con todo lo que ha vivido, yo en su lugar no estaría viva. (*Da un largo trago a la taza.*)

*Raymundo se sienta en la silla cercana.*

RAYMUNDO.- (*En tono confidencial.*) Me hizo tirar todos los retratos de papá. (*Baja la voz.*) Pero sentí que si me deshacía de ellos, me iba a quedar flotando, sin nada a qué agarrarme. Los escondí en el fondo de una castaña.

LUZ MARÍA.- Hay gente que necesita odiar a alguien para saber que está viva... (*Se interrumpe.*) ¡Perdóname, Rayo! Ya no sé ni lo que estoy diciendo.

RAYMUNDO.- La verdad no peca, Luza.

LUZ MARÍA.- (*Bajando la voz.*) Tu madre nunca me ha querido... ¿Sabes por qué?

RAYMUNDO.- Una vez, muy de paso, la oí decir que habían sido rivales en amores.

LUZ MARÍA.- ¡Cosas de muchachas! Al final, ella salió ganando. (*Pausa.*) Te tiene a ti ¿y a mí qué me quedó? Nomás la blancura de mis días solos.

RAYMUNDO.- Pero tiene su dinerito para darse sus gustos.

LUZ MARÍA.- ¡Nomás de tonta que no iba a hacerlo! Aprende eso de mí, Rayo: prepárate para cuando se acaben los días en que todo se te regala.

RAYMUNDO.- A veces vivo tan encerrado que no alcanzo a verlos claros. *(Se recarga en el respaldo de la silla y fija sus ojos en el techo.)* Si mamá hubiera podido, hasta el nombre me habría quitado.

LUZ MARÍA.- Nunca dejes que nadie siembre culpas en tu corazón, Rayo. *(Pausa. Raymundo se vuelve a mirarla.)* Y tú me entiendes lo que te estoy diciendo.

RAYMUNDO.- Papá nunca le perdonó que matara a la yegua... ¡Como si el pobre animal tuviera la culpa de haberle caído encima!

LUZ MARÍA.- El odio tiene que reventarse de algún modo, salir por algún lado.

*Llega el ruido de un trueno lejano, la luz parpadea un momento para luego apagarse.*

LUZ MARÍA.- ¡De seguro tronó un transformador!

RAYMUNDO.- ¿Cuándo se acabará este mayo?

*En la oscuridad de la escena entra voz de mujer.*

VOZ DE MUJER.- "Virgen de Agualeguas/ Santísima Madre/ por tu intercesión/ que mi alma se salve."

*Luz azul barrida desde proscenio. Se aprecia el cuerpo envuelto en la sábana roja. Sentadas en sillas mecedoras se hallan Leonor y Eufemia. Visten de blanco y sus rostros apenas se aprecian. Sus voces suenan juveniles pero con cierto tono metálico.*

EUFEMIA.- ¡Suelta algún rezo, el que sea, Virgen santa! Si no lo haces, no tendrás perdón de Dios.

LEONOR.- *(Impasible.)* Será que se me acabaron de tanto repetirlos en velorios ajenos.

EUFEMIA.- ¡Era nuestro padre!

LEONOR.- Dejó de serlo desde el momento en que salió por esa puerta y nos abandonó a la caridad mugrosa de este pueblo.

EUFEMIA.- Los rezos con hiel no suben hasta el cielo. No lo despidas con desdén; desde alguna parte está viéndonos.

LEONOR.- Si él cerró los ojos a nuestro desamparo, yo puedo cerrarlos ante su perdición.

EUFEMIA.- ¡Hermana mala!

LEONOR.- No soy mala, Eufemia. No olvido. *(Se levanta y va a plantarse ante el cuerpo cubierto.)* Si por lo menos no hubieras vuelto viejo y enfermo, ¡me habría quedado con el consuelo de que te habías muerto en el camino al Norte!

EUFEMIA.- *(Se incorpora y la reta.)* ¡Cállate de una vez! Te está oyendo y no puede defenderse.

LEONOR.- ¡Un solar de calabazas fue lo único que nos dejaste! Y los adobes de esta casa que todos los días llora salitre! *(Va a sentarse.)* Y nadie va a venir a tu velorio.

EUFEMIA.- ¡Cierra esa boca que está hablando con lengua ajena!

LEONOR.- ¿Y tú por qué no te desahogas? ¿Por qué lo estás maldiciendo con tus rezos?

EUFEMIA.- ¡No voy a seguir oyéndote! Me iré a rezar a la cocina. *(Se dirige a la salida de la izquierda espectador.)*

LEONOR.- *(Al momento en que Eufemia está por salir.)* ¡Si al menos hubieras tenido el valor de irte de monja como quien se va de puta!

*Desaparece la luz barrida. Un ulular de viento invade la habitación. La puerta se abre con estruendo en el fondo de la escena. Una luz barrida rojiza surge desde el exterior, recortando la silueta de un hombre de sombrero ancho.*

DESCONOCIDO.- *(Voz profunda, su rostro está hundido en las sombras.)* Leonor, Leonorcita, ¿quiere usted venir conmigo?

*La luz rojiza desaparece.*

*Entra luz azul muy tenue. El dormitorio de Erasmo. Una cama en el centro de la escena. Descalzo, en calzoncillos cortos y sin camisa, se halla Erasmo a un lado de su cama. La puerta está abierta y en el hueco se ve al Padre, de espaldas.*

ERASMO.- *(Con voz de niño.)* ¡Papá! ¿Qué me trajiste de Chicago? *(Pausa. El padre no reacciona.)* ¿Otra vez se te olvidó? No le hace, papá, nomás con que tú vengas.

*La luz desaparece en el área del escenario, una luz barrida azul se proyecta desde el exterior.*

VOZ DE ERASMO.- *(Desde la oscuridad.)* ¿Otra vez vas a salir, papá? ¿Me llevas? ¿Me llevas, papá?

PADRE.- *(Sin volverse.)* Yo voy a la cantina. ¡Quédese con su madre!

VOZ DE ERASMO.- Yo me quedo en la puerta; no voy a molestarte, papá.

PADRE.- La cantina es para hombres. *(Se vuelve. No se le ve el rostro.)* Ah, una cosa: no quiero que se me ande juntando con el hijo de la Tullida, ¡peligro y se me vuelve maricón!

*La iluminación desaparece.*

VOZ DE ANTONIA.- ¡Que te parta un rayo! ¿Me estás oyendo? ¡Vales para pura chingada!

*Luz cenital ámbar sobre Erasmo que está desnudo y tendido boca abajo sobre su cama. Por la izquierda espectador entra Antonia, con un vestido de viaje de color azul y cargando una maleta. Va hasta el lecho, contempla con ojos amorosos a su hijo. Deja a un lado el equipaje y se apresta a cubrirlo con las sábanas. Lo contempla un momento, vacila en inclinarse a besarlo. Desiste y sale rumbo a la puerta del fondo. Al abrirla, entra la luz de la madrugada. Antonia se detiene a observarla y queda recortada en el marco. Luego de unos instantes, sale y cierra la puerta. Erasmo se incorpora en su lecho saliendo del sueño.*

ERASMO.- *(Con voz entrecortada.)* ¡Papá!

*Luz cenital desaparece. Entran letra y música de El chubasco: "Como a las once se embarca Lupita/ se va a embarcar en un buque de vapor/ y yo quisiera formarle un chubasco/ y detenerle su navegación..."*

*Luz blanca en la oficina de correos. La puerta se halla entreabierta y por el resquicio se cuele la luz del amanecer. Se ve a Luz María en el extremo izquierdo espectador extrayendo cartas de la valija del correo. Escruta los nombres en los sobres y los va acomodando sobre el mostrador que es una mesa larga y estrecha. La puerta de la oficina en la parte central del fondo de la escena se abre y entra Antonia que luce el vestido de viaje de color azul, lleva el cabello recogido en un moño y carga la maleta. Se detiene delante del mostrador.*

ANTONIA.- Luza.

LUZ MARÍA.- (*Alza la vista de las cartas.*) En este pueblo todavía ocurren milagros: ¡tú en la oficina de correos, Antonia, y además a esta hora de la mañana!

ANTONIA.- Pues ya ves, conmigo andan los milagros. Antes de tomar el primer autobús para Miguel Alemán, quise pasar a verte. Y es mejor que ni me agradezcas el cumplido. (*Deja la maleta en el piso.*)

LUZ MARÍA.- No hay pleitos viejos entre nosotros, Antonia.

ANTONIA.- Ni los habrá: eso espero. Luza, voy a irme una temporada al otro lado.

LUZ MARÍA.- ¿Tú? ¡Pero si hace años que ni a Roma vas! ¡Y es una lástima, teniendo papeles arreglados!

ANTONIA.- El pasaporte no trabaja solo como creen aquí. Si aquí trabajo de mecanógrafa, no quiero ir allá a limpiarle la cola a los gringos.

LUZ MARÍA.- Pero allá hasta por eso te pagan bien. (*Pausa.*) ¿Quieres una taza de café? Lo tengo recién hecho, no vas a tardarte.

ANTONIA.- No, gracias, Luza. Lo que quiero decirte, te lo puedo decir en seco: te encargo a Erasmo.

LUZ MARÍA.- (*Haciéndose la sorprendida.*) ¿Y por qué a mí? Tiene su novia que puede ver por él.

ANTONIA.- Esa muchacha es para llevarla a misa y platicar con ella delante de la puerta de su casa.

LUZ MARÍA.- Eso es asunto que ni me va ni me viene.

ANTONIA.- Te viene, y mucho.

LUZ MARÍA.- (*Finge no hacer caso.*) ¿A poco vas a estar fuera mucho tiempo?

ANTONIA.- Ni mucho ni poco: nada más lo que haga falta.

LUZ MARÍA.- Ay Antonia, cómo te gusta hacer cortas las palabras.

ANTONIA.- Y por lo mismo te digo lo que te estoy diciendo. Yo sé que a mi Erasmo tú le das más que trabajo.

LUZ MARÍA.- (*Se altera.*) ¡Me ofendes, Antonia! ¡Me ofendes, y mucho!

ANTONIA.- Conmigo no te quedan esos remilgos, Luza. Yo me di cuenta luego luego. Erasmo traía el contento de estrenado en los ojos.

LUZ MARÍA.- ¡Pero si es un muchacho! ¿Cómo se te ocurre?

ANTONIA.- (*Sin atender el reproche.*) Te lo encargo, Luza. Prefiero que se meta contigo a que agarre enfermedades en otros lugares y con quien no debe. Es mi muchacho. Él trae el mismo fuego que el padre, ¡ese desgraciado que en mala hora no vuelve!

*Luz María no sabe qué responder. Juega con las cartas nerviosamente, las acomoda una y otra vez. Finalmente se decide.*

LUZ MARÍA.- ¿Vas a buscar a tu esposo?

ANTONIA.- Sí, quiero desengañarme: si se agarró con otra o se murió de andar con putas. Tú sabes mejor que nadie que no ha escrito en los últimos tres años.

LUZ MARÍA.- Pero ¿sabes cómo encontrarlo? Te han devuelto todas las cartas.

ANTONIA.- No, si hasta eso tienes contado. (Pausa.) Yo sé mi cuento. Sé cómo encontrarlo, y más fácil de lo que tú crees. No tengo por qué decírtelo, pero te lo voy a decir: nomás estaba en que me decidiera, ¡no vale ni las estampillas que gasté! Tú qué sabes de esperar, Luza: tú te quedas parada aquí y hasta aquí todo te llega. (Señala el mostrador.) Por esta mesa pasan las vidas de todo el pueblo.

LUZ MARÍA.- (Terminante.) Es mi trabajo.

ANTONIA.- ¡Todo el pueblo sabe que abres las cartas con el vapor del caldo de los frijoles y que sabes santo y seña de todos! Lo único bueno es que te sabes guardar la lengua y que no te embolsas el dinero.

LUZ MARÍA.- (Fuera de control.) ¡Embustera! ¿Cómo me levantas esos falsos?

ANTONIA.- El pueblo te tiene respeto de señorita grande. Tampoco yo te tengo mala fe, Luza. Cuídame a mi hijo. Cuídamelo hasta que se le acabe el gusto por ti. (Toma su maleta e inicia mutis.)

LUZ MARÍA.- ¡Vete y no vuelvas!

ANTONIA.- (Se vuelve desde la puerta.) Hasta que se le acabe el gusto, Luza... pero cuídamelo.

LUZ MARÍA.- (Fuera de sí.) ¡Que te parta un rayo!

*La iluminación descende. La puerta queda abierta sobre un fondo azul. Se oye un grito de auxilio.*

VOZ EN OFF DE RAYMUNDO.- ¡Que te parta un rayo, Erasmo!

*Luz blanca en la oficina de correos. Luz María permanece junto al mostrador y revisa un pequeño atado de cartas, elige una entre el montón y la guarda en uno de los bolsillos de su vestido. Reparte sobres en el pequeño casillero mientras*

*revisa una lista. La puerta de la oficina está cerrada. Se oyen fuertes golpes. Luz María reacciona extrañada, los golpes insisten, se encamina hacia la puerta.*

LUZ MARÍA.- (Sin abrir.) ¿Quién es?

ERASMO.- (Desde afuera, impaciente.) Soy yo, ¡ábreme ya!

LUZ MARÍA.- ¿Qué andas haciendo aquí a estas horas? ¿Olvidaste algo?

ERASMO.- ¡Que me abras, te digo!

*Luz María abre la puerta con evidente mala gana y Erasmo se precipita en escena.*

LUZ MARÍA.- ¿Te pregunté qué andas buscando a estas horas?

ERASMO.- ¿Desde cuándo te molesta verme de noche? ¿Ya te hartaste de mí o qué chingados?

LUZ MARÍA.- (Intenta calmarse.) Yo tengo mis horas para mí sola, igual que las tienes tú.

ERASMO.- No vine a echar bronca contigo, Luza. Nomás necesito que me prestes tu camioneta.

LUZ MARÍA.- ¡Por supuesto que no te la voy a prestar! No son horas de trabajo.

ERASMO.- Ya te lo dije clarito, para que me entendieras. ¡No me calientes la sangre! ¡Si yo tuviera en qué moverme, no te andaría pidiendo favores! ¡Necesito ir a buscar a mamá!

LUZ MARÍA.- (Fingiendo sorpresa.) ¿A tu mamá? ¿Pues a qué rincón del pueblo se fue que tienes que ir a buscarla en camioneta?

ERASMO.- ¡No te hagas la chistosa! No la había visto en todo el día y ahorita acaban de decirme en la oficina de los autobuses que agarró uno para Miguel Alemán hoy en la mañana.

LUZ MARÍA.- Pues iría de compras y a lo mejor se le pasó el de regreso. Ya llegará mañana.

ERASMO.- ¡No me salgas con esas pendejadas! ¡Mamá nunca se iría sin avisarme!

*Luz María se dirige al mostrador. Erasmo la sigue y en determinado momento la detiene.*

LUZ MARÍA.- Pues espérate a mañana y ve a poner un aviso en la Presidencia. ¿Adónde vas a buscarla a estas horas?

ERASMO.- ¡No vine por consejos! ¡Préstame las llaves! *(La toma con violencia por el brazo.)*

*Luz María se resiste y la carta que llevaba en el bolsillo del vestido, cae al piso. Se inclina de inmediato a recogerla y oculta la mano tras la espalda.*

ERASMO.- *(Que ha observado la maniobra.)* ¿Y ora por qué escondes esa carta?

LUZ MARÍA.- *(Recargándose en el mostrador.)* Nomás eso me faltaba, ¡que me anduvieras figoneando las cartas!

ERASMO.- ¡No te hagas de delito! ¡Enseñamela!

LUZ MARÍA.- *(Tratando de calmar el ímpetu.)* ¡Está bien! Te voy a prestar las llaves, pero...

*Erasmo la toma por un brazo y la obliga a entregarle la carta.*

LUZ MARÍA.- *(Tratando de arrebatarla.)* ¡Aprovechado cabrón! ¡Devuélvemela!

*Erasmo alza el sobre para que Luz María no lo toque.*

LUZ MARÍA.- ¡Dámela y te voy a prestar dinero para la gasolina!

ERASMO.- ¡Qué gasolina ni qué nada! ¡Algo gordo tiene que esconder esa carta!

*Luz María hace esfuerzos vanos por arrebatarle el sobre, Erasmo se escabulle. En determinado momento se da por vencida.*

LUZ MARÍA.- Está bien. Lee de una vez lo que no tienes por qué leer. *(Va tras el mostrador como si éste fuera un trinchera.)*

*Erasmo extrae la carta del sobre con evidente ansiedad. Sus manos tiemblan al repasar las líneas. Luego de unos instantes, seguido por la mirada trémula de Luz María, lanza la carta al piso.*

ERASMO.- ¡Cabrón desgraciado! *(Se lanza furioso hacia el mostrador.)* ¿Por qué escondiste esta maldita carta, Luza? ¡Por tu culpa hemos vivido estos años en el puro susirio!

LUZ MARÍA.- *(Asustada.)* ¡No te pongas así, Erasmo! Yo... ¡yo lo hice por evitarle esa pena a tu madre!

ERASMO.- ¡Perra desgraciada! ¿A ti qué chingados te importan las vidas de los demás?

*Erasmo brinca sobre el mostrador, Luz María se escabulle.*

LUZ MARÍA.- *(Agachada tras el mueble.)* ¡Erasmo, llévate las llaves! ¡Llévate la camioneta, pero no vayas a lastimarme! *(Lanza las llaves que caen tras Erasmo. Éste se repliega. Jadea a causa de la furia. Se inclina a recogerlas.)*

ERASMO.- ¡Ni mi padre ni tú valen este coraje! ¡Lo único que me importa es hallar a mamá! *(Se dirige hacia la puerta. Antes de salir, voltea a mirar a Luz María, quien asoma a duras penas la cabeza.)* Si algo le pasó, ¡voy a volver por ti!

*Erasmo cierra con furia la puerta. Luz María se incorpora. Revuelve histérica las cartas que han quedado sobre el mostrador. La luz va descendiendo con lentitud.*

LUZ MARÍA.- *(Fijando la mirada en la puerta.)* ¡Que te parta un rayo!

*En la oscuridad llega una música melodramática que se prolonga durante algunos instantes.*

VOZ DE NARRADOR.- Tuvimos el honor de llevar a sus hogares un capítulo más de la palpitante serie "El dolor de los justos", original del escritor José María Vega. *(Puente musical.)* Actuaron hoy: Rita Rey, Bruno Rey, Ricardo Lezama, Eladio González y Tena Curiel. *(Puente musical.)* "El dolor de los justos".

*Sube iluminación ámbar. Se ve a Raymundo sentado a la máquina de coser. Junto a él el aparato de radio y una vela. Durante algunos segundos mueve el pedal de la máquina, embebido en su tarea. El silencio es interrumpido por un trueno ensordecedor. Raymundo se levanta instintivamente de la silla. Presta oídos. En ese mismo momento llega el ruido de golpes en la puerta. Raymundo corre a abrir.*

RAYMUNDO.- *(Al entreabrir la puerta.)* ¿Cómo se te ocurre salir con este tiempo? ¡Debes de estar loca, Clelia!

CLELIA.- *(Desde afuera.)* ¡Primero déjame que entre y después me sermoneas!

*Raymundo franquea el paso a Clelia, quien viene envuelta en un impermeable negro, luce empapada y de una de sus manos cuelga una bolsa. Raymundo cierra la puerta y se apresura a*

*ofrecerle una silla; va hasta el biombo y toma una toalla que cuelga de éste. Clelia toma asiento, pone la bolsa a los pies de la silla. Raymundo le tiende la toalla.*

RAYMUNDO.- ¡Sólo algo muy importante pudo sacarte de tu casa a estas horas! Traías a la Virgen por delante... ¡Ese rayo cayó muy cerca!

CLELIA.- *(Se pasa la toalla por los cabellos.)* ¡Sentí que la banqueta iba a partirse en dos! Nomás cerré los ojos.

RAYMUNDO.- ¡El trueno se oye cuando ya cayó el rayo! El susto viene ya después de muerto.

CLELIA.- ¡No hables de rayos, Rayo! El resto del año puede una mencionarlos porque se hallan lejos, en los sótanos del cielo, pero en mayo... *(Queda con la mirada fija.)* Nomás hay que oírlos.

RAYMUNDO.- No me gusta mayo. En este pueblo dura mucho más que los otros meses. *(Pausa.)* Y no pasa año sin que caiga por lo menos uno en la anacua de la casa de las Tercas.

CLELIA.- ¿Vas a salir tú también con ese cuento?

*Por la escena se esparce el ruido de un trueno lejano. La luz parpadea como si la corriente fuera a interrumpirse.*

RAYMUNDO.- No voy a dejarte ir hasta que la tempestad se pase, ¿me estás oyendo, Clelia?

CLELIA.- Está bien. No nos faltará de qué hablar.

*Clelia se levanta, pasa con rapidez la toalla sobre el impermeable. Raymundo la ayuda a quitárselo. Toma impermeable y toalla y va a colocarlos encima del biombo. Después toma su silla y la acerca a la de Clelia que ha vuelto a sentarse.*